6640

CELSO LUCIO, Y MARIANO MUZAS

MANIOBRAS EN CARABANCHEL

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL

MADRID.—SOCIEDAD DE AUTORES
ESPAÑOLES, NÚÑEZ DE BALBOA, 12

12

MANIOBRAS EN CARABANCHEL

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A nuestro querido amigo

de la infancia

Angel Ossorio y Gallardo

en prueba de verdadero cariño,

Celso Lucio y Mariano Muzas.

MANIOBRAS

EN

CARABANCHEL

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN PROSA
ORIGINAL DE

CELSO LUCIO Y MARIANO MUZAS

Estrenado en el SALON NACIONAL la noche del
26 de Enero de 1911.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNANDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1911

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Julia Manzano (25 años).....	**Srta. Hermán**
Anita (23 años).....	**Valentín**
Luisa (18).....	**Ruiz-Blanco**
Doña Salomé (55).....	**Sra. Vázquez**
El General Fuertes (67).. . ..	**Sr. Miralles**
Gabriel Valdés (26).....	**Aguado**
Alfredo Manzano (23).....	**Azaña**
Carlos (30).....	**Rico**
Curro, criado joven.....	**Balsalobre**
Juan ídem id.....	**Castro**

La acción de los dos actos en Carabanchel. Epoca actual. Derecha é izquierda las del actor.

NOTAS

1.ª La actriz y el actor que se encargaren de representar los personajes de Julia Manzano y de Gabriel Valdés han de vestir uniformes de tenientes de Caballería, iguales. Dichos uniformes lo mismo pueden ser de húsares de la Princesa que de Lusitania ó lanceros.

2.ª Además, el actor que represente el papel de Valdés ha de ir completamente afeitado.

ACTO PRIMERO

Parque á todo foro. A la izquierda, y ocupando una pequeña parte de la escena, un pabellón, cuyo piso tendrá un nivel algo más elevado que el del parque. La puerta para entrar á dicho pabellón se halla á la derecha del mismo. Al pie de dicha puerta, uno ó dos peldaños que caen sobre el parque. Al foro del pabellón, una ventana que da también al parque. En el ángulo de la izquierda, una cama con un colchón de muelles y otro de lana; éste doblado; la almohada, desfundada y puesta sobre el colchón. A la derecha de la cama, una mesilla de noche. Sobre ésta una botella con agua y un vaso. Al pie de la cama, un lavabo con sus correspondientes accesorios. En el ángulo de la derecha, una mesa con recado de escribir. En primer término, una mecedora. Pendiente del techo, un globo de luz eléctrica que se enciende cuando conviene y cuya llave se encuentra junto á la puerta. Esta se abre hacia dentro. En el parque, primer término derecha, un velador y dos mecedoras. En el centro, un farol encendido. Libres las cajas de la derecha y la segunda de la izquierda. Es de noche. Hay luna.

ESCENA PRIMERA

El GENERAL, JUAN y CURRO. El GENERAL, sentado en una de las mecedoras del jardín.

GEN. ¿Está todo ordenado?

CURRO. Cí, ceñó.

GEN. Ya sabéis que esta noche espero al señor Valdés, un oficial de Caballería.

670026

CURRO. Ci, ceñó.

GEN. Y quiero que no encuentre ninguna falta.

CURRO. Ci, ceñó.

GEN. Y, sobre todo, no quiero que mi hija sepa que llega esta noche ese huésped. Conque... ¡mucho ojo! ¿Oís?

CURRO. Ci, ceñó.

GEN. Calla con tanto ci ceñó. Y mi caballo, ¿está mejor?

JUAN. Debe estar mejor. Parece que está más alegre, y ha comido algo de pienso.

GEN. Y el veterinario, ¿ha venido?

JUAN. No, señor; se fué esta mañana á Madrid y no debe haber vuelto, porque yo dejé el recao que, cuando volviese, viniera por aquí...

GEN. Pues dentro de un rato vuelves. Quiero que lo vea esta noche, á ver si puedo montarlo mañana para las maniobras.

JUAN. Está bien.

ESCENA II

DICHOS y DOÑA SALOMÉ

SAL. (Por la izquierda, con dos sábanas, una funda de almohada y un cobertor, todo doblado y planchado.) Aquí está la ropa que me ha pedido el señor.

GEN. (A Juan y Curro.) Cogedla y entrad á hacer la cama de ese pabellón. (Juan coge la ropa, y, seguído de Curro, entra en el pabellón. Hacen la cama.)

SAL. ¿Es que viene algún huésped, señor?

GEN. Sí, querida Salomé; espero al hijo de mi amigo el general Valdés, que llega de Viena esta noche á las once, y mañana por la tarde continuará su viaje hasta Córdoba, donde le espera su padre.

SAL. Le esperaremos.

GEN. No, tú te acuestas, que hay que madrugar. Mañana le conocerás, porque irá con nosotros á las maniobras. Yo quiero mucho á

su padre y es menester que tratemos bien al hijo de mi amigo.

SAL. ¡Ah! descuide usted.

GEN. Además...

SAL. ¿Qué?

GEN. No, nada. Es decir, tú eres como de la familia y á ti te puedo confiar un secreto.

SAL. Muchas gracias.

GEN. Mira, el hijo de mi amigo se ha educado en el extranjero, vino á España para ingresar en la Academia de caballería, salió oficial y después de algun tiempo fué agregado á la embajada de Viena. Es joven, creo que guapo y valiente si se parece á su padre. Pues bien, ambos abrigamos el proyecto de que sin torcer su inclinación, pero ayudándola en lo posible, nuestros hijos se unan, estrechando así con lazos de familia los de nuestra antigua amistad. Por eso lo he invitado á su paso por Madrid, y su padre me lo envia para que yo lo conozca, aprecie sus cualidades, conozca él á mi hija á ver si entre ellos nace las simpatía y después el amor.

SAL. ¡Magnífico! De modo que la señorita...

GEN. No sabe nada aunque algo debe figurarse por mis reticencias en algunas conversaciones. Pero lo que ignora es que esta noche tendremos aquí, en Carabanchel, á ese joven. Quiero sorprenderla.

SAL. ¡Lo que me alegro!

GEN. Bueno, anda á tus quehaceres y ni una palabra de esto.

SAL. Descuide el señor. ¿Manda usted algo más?

GEN. Nada. Anda con Dios. (Vase doña Salomé por la izquierda.)

ESCENA III

DICHOS, menos DOÑA SALOMÉ.

JUAN. Por lo visto hay un huésped.

CURRO. Cuando se utiliza este pabellón...

JUAN. Sí, más que hacer.

CURRO. Y acaso también más propina.

JUAN. Tiés razón.

GEN. (Abriendo la puerta del pabellón.) ¿Habéis terminado?

CURRO. Cí, ceñó.

JUAN. Ya está.

GEN. Pues ahora tú, Curro, ve á llevar esta carta al Campamento. Es para el coronel don Juan Montes, anunciándole que vamos mañana para que lo tenga todo dispuesto. (Dándole una carta que saca del bolsillo.)

CURRO. Está bien. (Ya tengo paseo pa rato.) (Vanse Juan y Curro por la derecha.)

GEN. Tengo impaciencia porque llegue la hora de conocer á ese muchacho.

ESCENA IV

EL GENERAL y ANITA.

ANI. (Por la derecha.) ¡Tío!

GEN. ¡Anita!

ANI. ¡Qué sorpresa! ¿Verdad?

GEN. Sí. Tu marido me ha escrito diciéndome que no veniais.

ANI. Es que después de escribirte hemos pensado otra cosa.

GEN. ¿Y Carlos?

ANI. Tenía un asunto urgente y no sabe á qué hora podrá venir; pero vendrá. No faltaba más...

GEN. Supongo que pasaréis aquí la noche.

ANI. Sí... Creo que sí...

GEN. Ya sabes que el objeto es ir mañana muy temprano al Campamento.

ANI. Sí, ya sé... ¿Y Luisa?

GEN. Ahora vendrá. Estaba tocando el piano para distraerse algo; porque si he de decirte la verdad yo creo que aquí en este pueblo, sola conmigo, retirada por mi causa de la vida de sociedad, Luisita se aburre.

ANI. Es claro.

GEN. Por lo cual, yo creo que tú, que además de ser su prima la quieres mucho, debías animarla, predisponerla á verificar un cambio radical en su vida.

ANI. ¿Yo?.. ¿Cómo?

GEN. Pintándole, por ejemplo, tu bienestar, haciéndole ver lo feliz que eres con tu marido... Animándola, en fin...

ANI. Sí... vamos.. á que se case.

GEN. ¡Justo!

ANI. Pero.. ¿y el novio?

GEN. Ya se lo buscaríamos.

ANI. ¿A su gusto?

GEN. Por supuesto.

ANI. Pues nada, tío, siendo así, cuente usted conmigo. Yo la hablaré, la animaré, y hasta casi le afirmo que la convenceré. ¡Ya lo creo!

GEN. No sabes lo que te lo agradecería.

ANI. Y vamos á ver, tío, ¿cómo le gustaría á usted que fuese su yerno?

GEN. Ante todo, preferiría un militar.

ANI. ¿Militar?

GEN. Sí, y á ser posible de caballería.

ANI. Bueno. Pero en cuanto á sus gustos, á sus cualidades...

GEN. Pues que sea lo que se llama un hombre, que no sea mojigato, que fume, que beba, pero con prudencia, sobre todo que tenga afición á los ejercicios físicos. El ejercicio cría buena sangre, y da fuerza á los músculos: *mens sana in corpore sano.*

ANI. Pues nada, descuide usted, tío; casaremos á Luisita; la casaremos á su gusto y á gusto de todos.

GEN. En ti confío. Eres una gran aliada, porque predicas con el ejemplo y la felicidad.

ANI. (¡Ay! Si tú supieras...)

GEN. Aquí viene Luisa. Te la entrego.

ANI. Confíe usted

ESCENA V

DICHOS y LUISA

LUI. (Por la izquierda.) ¡Anita!
ANI. ¡Luisa! (Se besan.)
LUI. ¿Y Carlos?
ANI. Vendrá más tarde.
GEN. ¿Cómo has tardado tanto en bajar?
LUI. Porque estaba dando de comer á los gatitos.
GEN. Esta casa es la posada de los gatos. Aquí todos los felinos de la vecindad encuentran cama, caricias y comida. Bueno, yo os dejo. Voy á contestar unas cartas. Mañana no podría. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

ANITA y LUISA

LUI. ¡Ay! No sabes lo que me alegro que mi padre nos deje solas.
ANI. Yo también, porque tengo muchas cosas que contarte.
LUI. ¡Claro! Como nos vemos tan poco desde que te has casado...
ANI. No por culpa mía.
LUI. ¿De tu marido acaso?
ANI. De Carlos, sí; de Carlos, que yo creía que era bueno, y resulta que no lo es.
LUI. Pues ¿qué hace?
ANI. ¡Pchs!... Que falta á almorzar algunos días, que á veces se retrasa al retirarse y alguna tarde no me acompaña á paseo.
LUI. Bueno; pero eso...
ANI. No, si yo hasta hoy no daba importancia á esas faltas; pero figúrate que, estando almorzando esta mañana, se presenta en casa, ¿á qué no sabes quién?... Julia, nuestra amiga Julia, que ha llegado de París.

LUI. ¿Pero está ya en Madrid?

ANI. Desde ayer.

LUI. Por eso no me ha escrito.

ANI. Pues Julia me pregunta por mi marido, á quien no conoce; yo le digo, sin darle importancia, que almuerza fuera con un amigo. Después la digo ingenuamente que algunas veces no me acompaña á paseo y lo de que se retira un poco tarde, y aquí ya no tuvo límites su indignación. Total: que me abrió los ojos, me ha hecho sentir los celos y me convenció de que, para enmendar á mi marido, era preciso tomar una determinación enérgica y valiente.

LUI. ¿Y la has tomado?

ANI. La he tomado.

LUI. ¡Pero Anita!

ANI. Verás—y aquí entras tú:—cuando la dije que me habíais invitado á pasar aquí la noche para ir mañana á las maniobras, y que no veníamos porque mi marido había renunciado el convite, me indicó la determinación enérgica que había de adoptar.

LUI. ¿Y era?

ANI. La de dejarle escrita una carta diciéndole que, puesto que él buscaba distracción almorzando fuera, yo la buscaba aceptando el convite de mi tío, viniendo á su quinta de Carabanchel, donde no dudaba vendría á acompañarme y á pasar la noche á vuestro lado.

LUI. ¿Y vendrá?

ANI. Julia me lo ha asegurado, y cuando ella lo dice que sabe tanto y ha estado tres años en París... ¿A ti qué te parece?

LUI. Que si Julia lo asegura, vendrá, no lo dudes. Y ahora escúchame tú á mí, porque tengo muchas ganas de contar á todo el mundo lo que me pasa.

ANI. Pero es que á mí no tienes que contarme nada; lo sé todo.

LUI. ¿Todo?

ANI. Sí. (Bajo.) Sé que tu padre te prepara una sorpresa.

LUI. ¿Una sorpresa?

ANI. Y sé más. Sé que esa sorpresa gasta uniforme de caballería.

LUI. ¿Te lo ha dicho él?

ANI. El, parte, y el resto Julia. Por ella sé también que tú quieres á otro.

LUI. Como que yo se lo he dicho.

ANI. ¿Por carta?

LUI. Sí. Ella me escribió diciéndome su próximo regreso á Madrid. Yo la contesté en seguida diciéndola lo que me pasaba y rogándole que me aconsejase, porque, efectivamente, sabe mucho, y sin duda ha adelantado el viaje... Y, ¡qué genio más alegre!

ANI. Siempre lo tuvo. En el colegio la llamaban la loca de la casa.

LUI. ¿De modo que sabes también que?...

ANI. Sí, sé que quieres á su primo Alfredo, que es un buen muchacho y que te adora; sé que tu padre, que ignora esto, quiere casarte con el hijo del general Valdés, un teniente de caballería, que debe llegar de Viena un día de éstos y haceros una visita antes de incorporarse á su regimiento que se halla en Alcalá.

LUI. Eso no lo sabía yo.

ANI. Me lo ha dicho Julia que lo sabe, porque su hermano es también teniente de caballería y está ahora en Alcalá.

LUI. Es verdad.

ANI. Pues tú no sabes lo que ha inventado para salvarte y lograr tu felicidad y la de su primo.

LUI. ¿Qué ha inventado?

ANI. La cosa más atrevida que puede imaginarse. Es una idea diabólica. Qué imaginación! ¡Qué genio! ¡Qué decidida!

LUI. ¿Pero qué es?

ANI. El remedio es un poco atrevido; pero dice Julia que es el único y el más eficaz para conseguir nuestro propósito. A mí me ha

convencido, la he ayudado en su plan y juntas en su automóvil hemos venido decididas á ayudarte en todo.

LUI. ¿Y Julia dónde está?

ANI. Ahí fuera un poco retirada y esperando una seña mia para entrar.

LUI. Pero ¿y el plan? ¿Y la idea? Estoy impaciente por conocer...

ANI. Ahora lo verás. (Va hacia la derecha, hace una seña y vuelve al lado de Luisa.)

ESCENA VII

DICHOS y JUAN; en seguida, JULIA.

JUAN. (Por la derecha.) Señoritas, el señor Valdés.

LUI. (Con extrañeza.) ¡Dios mío, Valdés aquí! Con qué inoportunidad llega.

ANI. No te apures. (Sale Julia por la derecha con uniforme de caballería.)

JUL. (Desfigurando la voz.) Señoras...

ANI. Caballero...

JUL. (Á Juan.) Ve por mi equipaje. (Vase Juan y vuelve cuando se indica.)

ANI. (Haciendo la presentación.) El señor Valdés.

LUI. (Bajo.) Pero... ¿le conoces?

ANI. (Haciendo la presentación.) Luisa Fuertes.

JUL. (Después de mirar y percatarse que no hay nadie extraño, coge una mano á Luisa.) La más encantadora de las Luisas. (La besa la mano.)

LUI. (Dando un grito.) ¡Ay! ¡qué osadía!

JUL. (Con su voz natural.) Calla, tonta, soy yo.

ANI. Pero. . ¿No la has conocido?

JUL. Soy Julia, tu amiga Julia.

LUI. ¿Tú aquí con ese traje?

JUL. ¿Qué quieres, hija? Todo es por ti.

LUI. ¿Y ese nombre? ¿Por qué te anunciabas con el nombre de...?

JUL. Que me perdone ese bizarro señor Valdés; pero es preciso desacreditarle, hacer imposible su boda y demostrar á tu padre que no es ése el yerno que le conviene.

LUI. Pero, Julia, ese atrevimiento...

JUL. ¿Y tú felicidad y la de mi primo Alfredo, no le disculpa? (Sale Juan por la derecha con una maleta.)

JUAN. ¿Dónde dejo esta maleta?

LUI. Déjala ahí. Ya te llamaremos cuando hagas falta. (Juan deja la maleta junto á la puerta del pabellón y vase por la derecha.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos JUAN.

LUI. Pero, díme, ¿quién te ha vestido así?

JUL. Yo en mi casa.

ANI. Y yo que le he servido de asistente.

LUI. ¿Y ese traje?

JUL. Un uniforme de mi hermano que ya no usa, y hoy, al imaginar la intriga, me acordé de él, me lo puse y aquí estoy para ayudarte. A la orden. (Haciendo el saludo militar.)

LUI. Pero, ¿y si papá te descubre?

JUL. Imposible. Pero si me descubre no temerás que me mande los padrinos. Además que en la maleta traigo por si acaso un traje propio de mi sexo, y como los militares son muy galantes, al ver que se trataba de una señora vendría el perdón inmediatamente, y mucho más al reconocer la buena intención que originaba el engaño. (A Anita.) Y á propósito: ¿hiciste al general las preguntas que te dije?

ANI. Sí, y me ha dicho que le gustaría un yerno de genio franco y alegre, que bebiese y fumase moderadamente, y, sobre todo, que fuera aficionado á los ejercicios físicos.

JUL. Perfectamente. Pues ya sé mi programa. Y descuida que tu prometido no será seguramente del agrado del general.

ANI. (Imponiedo silencio.) ¡Chist! Aquí viene.

LUI. ¡Ay, Dios mío!

JUL. Disimula. Ahora verás.

ESCENA IX

DICHOS y el GENERAL

GEN. (Por la izquierda. A Julia.) ¿Conque usted por aquí? Tanto gusto, señor Valdés.

JUL. (Saludando militarmente y ahuecando la voz.) Mi general...

GEN. ¿Y qué tal el viaje? (Dándole la mano.)

JUL. Muy bien.

GEN. Y su papá tan bueno, ¿eh?

JUL Sí, tan bueno.

GEN. Voy á presentarle á usted...

JUL. Ya me he presentado yo. Al entrar con el criado, tuve la suerte de encontrar á estas señoritas...

LUI. Y nos hemos presentado mutuamente

GEN. Así me gusta. Nada de cumplidos entre nosotros. ¿Vendrá usted cansado?

JUL. Nada de eso; he descansado en el sleeping.

GEN. ¿Ha cenado usted?

JUL. Si, hace un ratito. (A Anita.) ¿Verdad?

ANI. Sí, hace un momento.

LUI. Nos lo acaba de decir.

GEN. Bien, puesto que nada necesita usted por ahora, voy un momento á dar algunas órdenes á los criados respecto á una excursión que tenemos preparada para mañana, y vuelvo en seguida para que echemos un párrafo largo. (Conviene que los deje para que simpaticen, á lo cual contribuirá Anita.) (A Luisa bajo.) ¿Qué te parece la sorpresa?

LUI. Muy bien.

GEN. Espero que desplegarás toda la atención y amabilidad que se merece el hijo de mi amigo.

LUI. Descuida, papá, seré amabilísima.

GEN. (Fuerte.) Hasta luego. (Me da el corazón que los caso, y á mí el corazón no me engaña.) (Vase por la izquierda.)

ESCENA X

JULIA, LUISA y ANITA

JUL. No tendrás queja, ¿eh?

LUI. No, Julia. Admiro tu ingenio y tu valor.

JUL. Me parece que este asunto marcha bien.

ANI. Este asunto sí; ¿pero y el otro? ¿Y el mío?... ¿Y mi marido?

JUL. No te apures, ya te he dicho que vendrá más enamorado y arrepentido.

ANI. ¡Ay, Dios lo quiera!

LUI. Pero, oye. ¿Y Alfredo? ¿Cómo le enteramos?

JUL. Pero, ¿tú crees que yo hago las cosas á medias? Alfredo lo sabe todo, está de acuerdo conmigo y no tardará en venir á saber el resultado de mi estratagema y á jurarte una vez más su amor eterno

LUI. Pero ¿va á venir?

JUL. Sí; está de acuerdo con ese criado que os ayuda, y, aprovechando un momento que el General no esté en el jardín, entrará para que tú ó yo le digamos lo que ocurre

LUI. ¿De modo que vendrá?

JUL. Era necesario. Luego me esperará para, una vez terminada la farsa, acompañarme á Madrid, porque Anita se quedará aquí con su marido, y no es cosa de irme sola.

LUI. Es verdad.

ESCENA XI

DICHAS y JUAN

JUAN. (Por la derecha, con misterio.) Señorita, el señorito Alfredo.

LUI. (Azorada.) ¿Y papá. .?

JUAN. En la caballeriza.

LUI. Pues di al señorito que entre en seguida.

(Vase Juan por la izquierda.)

ESCENA XII

DICHAS, menos JUAN

JUL. ¿Lo ves? Ya está ahí.
ANI. ¡Dios mío! ¡Y mi marido sin venir!

ESCENA XIII

JULIA, ANITA, LUISA y ALFREDO

ALFR. (Por la derecha.) ¡Luisa! (A Anita) Señora... (A Julia.) Caballero...
JUL. No... Si lo sabe también. (Aludiendo á Anita.) Es mi amiga la señora de Navarro.
ALFR. ¡Ah! Pues entonces... gracias, adorada prima; á ti te deberé mi felicidad.
LUI. Y la mía.
ANI. Y la mía, si viene mi marido.
ALFR. (A Julia.) ¿Has visto ya al General?
JUL. Sí.
ALFR. ¿Y qué?
JUL. Todo marcha perfectamente; pero aún falta lo principal.
ALFR. ¿Cómo?
JUL. Es claro: el convencerle de que no le sirvo para hijo político, y que no reuno las condiciones apetecidas, y que soy un títere, un botarate... un horror de yerno.
ALFR. ¡Bravo! ¿Y eso será?..
JUL. Dentro de un momento.
ALFR. Tengo unos deseos de que terminen estos sustos y estas zozobras, de poder hablar con mi novia sin sobresaltos... (Á Anita.) Porque figúrese usted, señora, hablamos muchas tardes, pero á través de la verja del jardín, y á cada momento mi novia que desaparece, diciéndome asustada: ¡Mi papá! Y yo, que tengo que agacharme para que el General

no me vea. Y esto varias veces en la tarde. Le digo á usted que es una verdadera gimnasia. (Agachándose dos ó tres veces.)

ANI. ¡Pobrecillo!

ALFR. ¡Y gracias que los criados nos ayudan!

LUI. Y nos avisan á tiempo; así es que papá aún no le conoce.

GEN. (Dentro, fuerte.) Sí, en seguida una botella de ron y una caja de habanos.

LUI. ¡Mi papá!

JUL. ¡El General!

ALFR. (Agachándose.) ¡Uy!

LUI. ¿Qué haces?

ALF. Agacharme, es la costumbre. Yo me escapo. (Yendo hacia la derecha.)

LUI. No, que te vería.

ALFR. Entonces, ¿qué hago?

LUI. Entra en ese pabellón. (Alfredo entra en el pabellón y Luisa cierra inmediatamente la puerta.)

ESCENA XIV

DICHOS y el GENERAL; luego JUAN.

GEN. (Por la izquierda.) Ya está todo arreglado. Ahora, con permiso vuestro, el oficial y yo tendremos un rato de charla técnica, que seguramente habría de aburriros. Así que, entretanto, puedes enseñar á Anita sus habitaciones y las reformas del hotel que aún no conoce.

ANI. (Y á ver si en este interregno viene mi marido.)

JUAN. (Por la izquierda con una bandeja, en la que trae una caja de cigarros habanos, una botella de ron y servicio para dos personas.) Aquí está todo, señor. (Deja la bandeja sobre el velador.)

LUI. Hasta luego, papá.

ANI. (¡Ay, Dios mío! ¡Cuánto tarda Carlos!) (Vanse Luisa, Anita y Juan por la izquierda. Julia las sigue con la vista hasta que se indica en la escena siguiente.)

ESCENA XV

JULIA y el GENERAL, en el jardín; ALFREDO, en el pabellón.

ALFR. (Mirando por el ojo de la cerradura.) (Se queda sola con el General.)

JUL. (Este es el momento culminante. Valor.)

GEN. (Aludiendo á Julia que no cesa de mirar hacia donde se han ido Anita y Luisa.) (Mi hija le ha flechado. Me parece que hay boda Cuando digo yo que á mí no me engaña el corazón...)

JUL. (Volviéndose hacia el General.) Perdone usted, mi General, estaba encantado, mirando...

GEN. Nada, querido Valdés; eso está justificado. Un hombre como usted joven, galante, de buen gusto...

JUL. Pues ya que usted me disculpa, mi General, me atrevo á confesarle que hoy, como nunca, he quedado impresionado. ¡Qué ojos, mi General!, ¡qué pies!, ¡qué manos!, ¡qué conjunto!... ¡qué mujer!...

GEN. (Ríe.) ¡Je .. je... je...! ¡Qué muchacho!...

JUL. Tiene usted una sobrina encantadora, mi General.

GEN. ¡Ah! Pero, ¿es mi sobrina?

JUL. Sí: su sobrina.

GEN. ¿Usted ignora, señor Valdés, que esa sobrina es casada?

JUL. Lo ignoraba, mi General. Pero tiene usted un sobrino dichoso.

GEN. Bien. Hablemos de otra cosa.

JUL. Como usted guste.

ALFR. (Que escucha con la puerta entreabierta.) (¡Buen principio!)

GEN. ¿De modo, señor Valdés, que se ha pasado usted cuatro años en Viena?

JUL. Exactamente. ¡Hermoso país!

GEN. ¿Agregado á la Embajada?

JUL. Eso es... de agregado.

GEN. ¿Y qué, con franqueza, echaría usted de menos la vida del regimiento?

JUL. No lo crea usted. La vida en Viena es muy agradable. Hay allí mucho chic, mucha elegancia, y sobre todo, mi General, ¡unas mujeres!...

GEN. Bueno, bueno. A pesar de su cargo, relativamente pasivo, ¿montaría usted mucho á caballo?

JUL. Regular, alguna tarde para ir de paseo. Pero me gusta más el coche.

GEN. ¿El coche? Un oficial de caballería debe, ante todo, preferir su caballo, montar mucho y bien.

JUL. Sí... es verdad, pero me acostumbré á la vida cómoda...

GEN. La vida de Embajada no es para militares. ¿Allí, por lo visto, no haría usted ejercicio físico ninguno?

JUL ¿Ejercicio físico? ¡Ya lo creo, mi General! ¡hasta rendirme!

GEN. Vamos, menos mal. ¿Y cuál era su ejercicio preferido, la gimnasia, la esgrima?

JUL. ¡El baile!

GEN. ¿El baile?

JUL. Es el que está más de moda en Viena.

GEN. (¡Pero esto no es un militar, es un danzante!)

ALFR. (¡Eso va bueno! ¡Acaba por echarla!)

GEN. En fin, confío en que con la nueva vida militar cambiará usted de costumbres y de modo de ser. Bebamos una copa de ron porque este cambio se verifique y vuelva á usted el espíritu guerrero que, sin duda, ha perdido en esa indolente vida de Embajada.

(Escancia ron en las copitas que ha sacado Juan y ofrece una de ellas á Julia.)

JUL. (Rehusándola) Gracias, mi General. Y usted perdonará, pero no puedo con el alcohol.

GEN. ¿Cómo? ¿Pero, no bebe usted?

JUL. Sí, pero algo más suave: horchata, naranjada...

GEN. Basta, señor Valdés... Me parece que usted ha equivocado la carrera. No era así su padre de usted. Yo me beberé las dos copas, una

en su nombre y otra en el mío. (Bebe.) Y ya que usted no bebe, entreténgase con el humo de este veguero. (Dándole un cigarro de la caja).

JUL. No fumo, mi General.

GEN (Dando un golpe con la caja sobre el velador.) Pues, ¿qué hace usted durante las guardias en el cuarto de banderas? ¿Cómo se entretiene usted? ¿En qué pasa el tiempo? ¿Juega usted?

JUL. Sí, señor.

GEN. ¡Aaah!

JUL. Suelo jugar á las damas.

GEN. ¡Bonito pasatiempo, digno de un guerrero!

JUL. Para un guerrero en tiempo de paz el mejor pasatiempo son las damas.

ALFR. (¡La echa, la echa!)

GEN. ¡Por vida del...

ESCENA XVI

DICHOS y ANITA; luego, LUISA

ANI. (Por la izquierda.) ¡Tío, tío!

GEN. (¡Mi sobrina!) (Se levanta y va á su encuentro.)

ANI. Qué, ¿han hablado ustedes bastante?

GEN. Demasiado.

ANI. ¿Y qué, es como usted quería?

GEN. (Con desdén.) ¡Ah!... Es un botarate... Un carácter casi ridículo.

ANI. ¡Qué lástima! Porque es un chico muy guapo. (Mirando á Julia con interés.)

GEN. No lo mires.

ANI. ¡Pero, tío!...

GEN. ¡Que no lo mires, te digo! Para una mujer casada no debe haber más hombre guapo que su marido.

LUI. (Asomándose al pabellón por la ventana que da al parque. Bajo.) Alfredo...

ALFR. ¡Luisa! (Va hacia la ventana)

LUI. ¡Chist!... ¿Has oído?

ALFR. Sí.

LUI. ¿Y qué?

ALFR. Todo marcha bien. Julia ha derrotado al pobre Valdés. (Siguen hablando bajo.)

GEN. ¿Y Luisa?

ANI. Ahi venia.

GEN. (Aludiendo á Anita y Julia.) (Yo no los dejo solos.) (Llamando fuerte.) ¡Luisa, Luisa!

LUI. (Fuerte.) ¡Ya voy! (A Alfredo, bajo.) ¡Mi padre! (Alfredo se agacha.) Ya te avisaré para que salgas. (Desaparece de la ventana y sale por la izquierda.) Papá...

GEN. ¿Dónde estabas?

LUI. Pues...

GEN. Seguramente con algún gato.

LUI. Sí, con un gato.

ALFR. (Que escucha por el ojo de la cerradura.) (¡Miau, miau!)

GEN. Dichosa afición.

LUI. (¡Está de mal humor! ¡Buena señal!)

ALFR. (Esto va para largo... ¡Bah! Esperaré echado.) (Se echa en la cama.)

GEN. (A Julia.) Y bien, ¿usted decididamente continúa mañana su viaje á Córdoba?

JUL. ¿A Córdoba?

GEN. Sí, á reunirse con su padre. Al menos mi amigo Valdés me decía en su carta que hoy llegaría usted en el tren de las once.

JUL. (Con extrañeza.) ¿Hoy?

GEN. Sí, hoy á las once, y que al día siguiente por la tarde saldría usted para Córdoba.

JUL. Sí, ese era el programa; pero es tanto el deseo de ver á mi padre...

GEN. Es claro, que ha adelantado usted el viaje.

JUL. Eso es.

GEN. Por eso ha llegado usted en el tren de las nueve.

JUL. Sí; pero además, si usted me lo permite, ya que he tenido el gusto de conocerlo, quiero volver á Madrid esta misma noche para salir en el tren de la mañana.

GEN. ¿Esta noche? ¿Sin descansar? ¡Imposible! No lo permito. Esta noche descansa usted aquí, por la mañana asistiremos á las manio-

bras, montará usted un potro magnífico...

LUI. (Bajo á Anita.) ¡Un potro!

ANI. ¡María Santísima!

GEN. Almuerza usted con nosotros y por la tarde..

JUL. (No quiero infundir sospecha.) Conforme y agradecidísimo, mi General. (Sale Juan.)

ESCENA XVII

DICHOS y JUAN.

JUAN. (Por la derecha.) Señor...

GEN. ¿Qué hay?

JUAN. El veterinario que acaba de llegar y está á sus órdenes.

GEN. Pues ahora mismo. Con permiso... En seguida vuelvo. (A Juan.) Vamos. (Vanse el General y Juan por la derecha.)

ESCENA XVIII

JULIA, ANITA y LUISA, en el jardín; ALFREDO, en el pabellón.

JUL. Ya habéis oido.

LUI. Sí. ¡Vaya un apuro!

JUL. Ahora resulta que Valdés llega á Madrid esta noche en el tren de las once.

LUI. ¡Nuestro gozo en un pozo!

ANI. ¿Qué hacemos ahora?

JUL. Ya veis que el caso es muy comprometido. Si al llegar aquí Valdés se encuentra conmigo... ¡Oh! No, no; esto no puede ser. Lo siento mucho, Luisa, pero no puedo continuar la farsa; me voy.

ANI. Y yo. Carlos no viene y no me atrevo á pasar aquí la noche. Antes de salir del hotel dejaré escrita una carta disculpándome con mi tío.

LUI. Pero, ¿cómo y cuándo os vais?

JUL. Cuando tu padre se acueste, que afortunadamente será pronto. Y como Valdés llega

á las once y son las diez y tardará de la estación aquí lo menos una hora, tenemos tiempo...

ANI. ¿Y Alfredo?

JUL. (A Luisa.) Pero mujer, sácalo, que está en el pabellón.

LUI. Con este maldito incidente me había olvidado de él. (Abriendo la puerta del pabellón.) Sal, Alfredito.

ALFR. (Levantándose de la cama rápidamente.) ¿No hay peligro?

JUL. Sí.

LUI. ¡Y gordo!

ALFR. (Saliendo al jardín.) ¿Qué?

JUL. Estamos á punto de que se descubra todo y hay que salir á escape de esta casa.

ALFR. Pero, ¿qué ha pasado?

JUL. Luego te lo explicaremos; ahora vete y espera rondando por el jardín.

LUI. No rondes, vete derechito al sitio por donde hablamos muchas tardes.

ALFR. Ya sé.

LUI. Yo iré á decirte lo que debes hacer.

ESCENA XIX

DICHOS y JUAN

JUAN. (Por la derecha.) (El General debe haber sospechao algo de lo del novio de la señorita. Me ha dicho que no me mueva de aquí hasta que él venga.)

ALFR. (A Julia.) Y, ¿para esto, querida prima, te has disfrazado de militar?

LUI. ¡Qué lástima! ¡Tan bien como iba la farsa!

ANI. ¿No había de ir, si te cae admirablemente el uniforme?

LUI. Pero admirablemente. ¡Nadie diría que eres una mujer!

JUAN. (¿Una mujer? ¿qué dicen?)

JUL. Pues ya ves que yo he hecho todo lo posible...

LUI. Sí, querida Julia.

JUAN. (¿Julia?.. Pues no hay duda, es una mujer.) (Ríe fuerte.) ¡Ja, ja, ja!

ANI. ¿Qué es eso?

LUI. ¿De qué te ríes?

JUAN. Pues... de que lo he oído todo y me hace gracia... ¡Una mujer! (Ríe.) ¡Ja... ja!...

ALFR. Calla, animal.

LUI. ¡Por Dios, Juan!

ANI. ¡Otro apuro, otro compromiso!

ALFR. No. (A Juan.) Oye, toma cinco duros. (Le da un billete.)

JUAN. ¿Pa qué?

ALFR. Para que no oigas, ni veas, ni digas nada de lo que aquí pase.

LUI. Ni una palabra.

JUAN. (Cogiendo el billete.) Cuenten ustés con que soy ciego, sordo y mudo.

JUL (Á Alfredo.) Ea, no perdamos tiempo.

LUI. Sí, vete que puede venir mi padre.

ALFR. En la verja te espero

JUL. Anita y yo iremos allí también á reunirnos contigo en cuanto el General se acueste.

ALFR. Bien. (Á Luisa.) Hasta luego, vidita mia. (Vase por la derecha, 2.ª caja.)

ESCENA XX

DICHOS, menos ALFREDO

JUAN. (Ríe.) ¡Ja, ja, ja!

JUL. ¡Calla!

LUI. ¡Dios mío, qué apuro!

ANI. ¡Y mi marido sin venir!

JUL. No te aflijas, dentro de un momento iremos á buscarlo.

ESCENA XXI

JULIA, LUISA, ANITA, el GENERAL y JUAN

GEN. (Por la derecha, 1.ª caja.) ¡Vaya! Los potros y el caballo están útiles para mañana. Y ahora todo el mundo á descansar.

LUI. Sí, que hay que madrugar.

GEN. (Á Julia.) Señor Valdés, ese pabellón es su dormitorio. Mañana á las seis le despertarán.

JUL. (No es fácil.)

GEN. (Á Juan.) Lleva esa maleta al pabellón y mira á ver si falta algo; luego te llevas ese servicio y cuando vuelva Curro que espere contigo al esposo de la señorita Ana.

JUAN. Está muy bien. (Coge la maleta y la entra en el pabellón.)

GEN. (Á Luisa y Anita.) Vosotras retiraos.

ANI. Adiós, tío.

LUI. Adiós, papá.

ANI. } (Dirigiéndose á Julia.) Señor Valdés... (Vanse
LUI. } por la izquierda.)

GEN. (Á Julia.) Que pase usted buena noche, señor Valdés. Si le ocurre algo aquí están los criados.

JUL. Gracias, mi General, que usted descanse.

JUAN. (Dentro del pabellón, ríe.) ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya un lío! Pero me ha valido cinco duros. (Vase el General por la izquierda. Julia entra en el pabellón.)

ESCENA XXII

JULIA y JUAN

JUAN. Aquí lo pasará usted muy bien, señorita.

JUL. ¡Chist!... Silencio absoluto y yo te prometo otros cinco duros.

JUAN. Soy un muerto.

JUL. (Reparando en la puerta) Pero, oye: ¿esta puerta no tiene llave?

JUAN. No, señor... digo... no, señora... digo, no señor... (Na, que me he hecho un lío.) Se ha perdido, pero no tenga usted miedo. La gente de por aquí es buena; casi nunca ocurre ná. Eso sí, cuando ocurre algo es gordo.

JUL. ¡Buen consuelo!

JUAN. ¡Bah! No tenga usted cuidao. A esta casa no hay quien se arrime; los perros que la guardan son dos fieras. No se la ocurra á usted salir del pabellón, porque el Arrojao y el Valiente darían cuenta de usted.

JUL. ¿El Arrojado y el Valiente?

JUAN. Son los nombres de los chuchos.

JUL. ¡Pues estoy aviada!... ¿Y aquí hay ratones?

JUAN. Muy pocos; pero viendo luz no salen.

JUL. Pues no apagaré. Oye, ¿dónde está la alcoba de la señorita Ana?

JUAN. Desde aquí mismo puede usted verlo. (Asomándose á la ventana y señalando hacia la derecha.) ¿Ve usted aquella ventana baja donde hay claridad?

JUL. Sí.

JUAN. Pues allí mismo es.

JUL. Está bien.

JUAN. ¿Se le ofrece á usted algo más?

JUL. Nada.

JUAN. Pues voy á recoger el servicio y á hacer los últimos encargos. Con que buenas noches, descansar. (Sale al jardín.) (No va mal esto. Ya son diez duros y too por callarme.) (Coge el servicio que hay sobre el velador.)

JUL. Ahora á esperar á Anita. (Se sienta en la mecedora.)

ESCENA XXIII

DICHOS y DOÑA SALOME.

SAL. (Por la izquierda.) Juan...

JUAN. (Doña Salomé.) ¿Qué quiere usted?

SAL. El señor que se ha acostado y se le ha olvidado decirte que no sueltes los perros esta noche, porque la puerta del jardín la rompió el carro esta tarde y pueden escaparse.

JUAN. Es verdad, no me acordaba...

SAL. Y que no dejes de preparar esta noche la ropa, los arreos... todo lo necesario para ir mañana al Campamento.

JUAN. ¡Pues no es ná!... Voy en seguida. Si mientras tanto viene Curro, dígale usted que espere aquí, por si llega el señorito Carlos, el esposo de la señorita Ana.

SAL. Sí, hombre, sí.

JUAN. Y que yo bajo en seguida.

SAL. Pues anda á escape.

JUAN. (Me van á fastidiar, no voy á poder salir á ver á mi novia esta noche.) (Vase por la izquierda con el servicio.)

SAL. Voy á ver si viene Curro. (Vase por la derecha.)

JUL. (En el pabellón.) La verdad es que verse aquí sola... pero no, Anita no puede tardar. Cuando todos duerman, vendrá á buscarme y saldremos de este trance apurado. Entretanto, para evitar una sorpresa, arrimaré la mesa á esta puerta sin llave, y cuando venga Anita, la quitaré. (Corre la mesa hasta ponerla delante de la puerta.) Muy bien. Ahora á esperar (Se sienta en la mecedora y se mece.)

ESCENA XXV

JULIA, en el pabellón.—Doña SALOME y CURRO, por la derecha.

SAL. ¡Cómo has tardado!

CURRO. Puez he venido al galope. Voy á llevar la contestación al ceñor. (Aludiendo á una carta que trae en la mano.)

SAL. No te molestes; ya se ha acostado. Se la darás mañana. Y ahora escucha.

CURRO. Uzté dirá.
SAL. Juan me ha dicho que te esperes aquí por si viene el señorito Carlos.
CURRO. Bueno. ¿Y Juan?
SAL. Bajará cuando concluya los encargos que le ha hecho el General.
CURRO. Está bien. (Se guarda la carta en el bolsillo.)
SAL. ¡Ah! Que dés un vistazo por la cuadra de vez en cuando. Hasta mañana.
CURRO. Descansar, doña Zalomé. (Vase doña Salomé por la izquierda.)

ESCENA XXVI

JULIA, en el pabellón.—CURRO, en el jardín.—Luego VALDES por la derecha.

CURRO. (Sentándose en la mecedora.) ¡Gachó! Vaya una caminata que me he dao. Como estoy acostumbrao á no hacer ná, estos días de jaleo, convidaoz y de maniobras, le rinden á uno.
VAL. (Dentro, fuerte.) ¿No hay nadie por aquí?
CURRO. (Levantándose.) Precente. (¿Quién cerá? ¡Ah! El ceñorito Carlos cin duda.)
VAL. (Por la derecha con uniforme de primer teniente de caballería.) Buenas noches.
CURRO. A la orden. (Puez no ez.)
VAL. No encontraba el llamador, empujé la verja, y se abrió...
CURRO. Ci, está rota, mi tiniente.
VAL. Pero... ¿esta es la casa del general Fuertes?
CURRO. Ci, ceñor.
VAL Creí que me esperarían
CURRO. Esperaba yo, pero al ceñorito Carlos...
VAL. Pero... ¿Y el General?
CURRO. Ce ha acostao.
VAL. ¿Está enfermo?
CURRO. No, ceñó. Ce ha acostao porque está bueno. Cuando está enfermo no ce levanta.
VAL. ¿Según eso no me esperaban?

CURRO. Cí, ceñó. Zabían que llegaba usté hoy. Yo mezmo le he hecho la cama en ese pabellón donde pasará usté la noche divinamente. ¿No ez usté el tiniente Valdés?

VAL. El mismo. Y sin embargo, ¿se han acostado?

CURRO. Ci, ceñó. Aquí á las nueve se toca retreta y á las diez cilencio.

VAL. (Es extraño. Serán rarezas del viejo General; pero no me parece muy correcto.)

CURRO. Ci osté quiere le avizaré.

VAL. ¡Ca! De ninguna manera. ¡No faltaba más! Yo me retiro y mañana vendré á saludarle.

CURRO. Pero, mi tiniente, ¿no le he dicho que tiene prepará la cama aquí en este pabellón?

VAL. Bien; siendo así me quedaré. (Sin duda mañana me explicará el General...)

CURRO. ¿Quiere ozté que le enceñe el cuarto?

VAL. ¿No dices que es éste?

CURRO. Ci ceñó, éste. La puerta no tiene llave, no hay más que empujar... y adrento.

VAL. Bueno. Puedes retirarte que ya ha pasado la hora de silencio.

CURRO. Ci quiere ozté algo...

VAL. Nada. Haré cuenta que esta noche inauguro mis guardias Y si me canso me echaré un rato. Vete. (Se sienta.)

CURRO. Puez con permizo de ozté. Ci le ocurre algo me llama, que yo andaré por la cuadra.

VAL. Bueno.

CURRO. A la orden. (Vase por la derecha.)

ESCENA XXVII

JULIA, en el pabellón; VALDES, en el jardín.

VAL. ¡Qué proceder más extraño! Mi padre quiere proporcionarme un suegro bien poco amable. Gracias que por ahora no pienso, afortunadamente, en perder mi libertad; y si hago esta visita es por complacer á mi padre... En fin, á ver lo que mañana me dice el Gene-

ral, convenceremos á su hija... y veremos. ¡Ay! (Suspirando.) Estas noches de verano y este cielo de España parece que predisponen para el amor.

JUL. ¡Cuánto tardan! ¡Tendré que pasarme aquí la noche sola y aburrida!

VAL. ¡Ea! al pabellón (Levantándose), á pasarme ahí la noche solo y aburrido. (Se dirige al pabellón.)

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

VALDES en el jardín cogido al picaporte de la puerta del pabellón y forcejeando aquella para entrar. JULIA, en el pabellón.

JUL. (Levantándose de la mecedora.) Andan en la puerta. Debe ser ella. (Llamando bajo, por el ojo de la cerradura) ¡Anita!...

VAL. (Con gran asombro.) ¡Qué!

JUL. (Bajo, por el ojo de la cerradura.) Aguarda un momento. Me había atrincherado. por si acaso (Retira la mesa que puso delante de la puerta.) Adelante. (Abre la puerta.)

VAL. Muy buenas noches.

JUL. (Dando un grito al ver á Valdés.) ¡Ay!

VAL. (Con extrañeza.) ¿Un compañero? (Entra en el pabellón.)

JUL. Sí, un compañero. (Cierra la puerta.)

VAL. Dispense usted. No sabía...

JUL. Yo tampoco...

VAL. Me dijeron que este pabellón estaba destinado para mí...

JUL. (Es Valdés. ¡Valor, serenidad!) Sí... ¿Usted será el señor Valdés?

VAL. Justo. ¿Y usted?

JUL. ¿Yo? (Diré que soy mi hermano.) Soy mi hermano.

VAL. ¿Cómo?

JUL. Manzano... el teniente Manzano.

VAL. ¡Ah! Sí. Conozco á usted por el escalafón. Cuando yo fuí destinado á la embajada, usted no estaba en el regimiento. (Saca la petaca y ofrece un cigarrillo á Julia, ésta lo coge y fuma.)

JUL. No, señor.

VAL. Usted es de una promoción bastante posterior á la mía.

JUL. ¡Claro!

VAL. Y usted ha ingresado en el regimiento estando yo en Viena.

JUL. Eso es.

VAL. Esa es la causa de no haber tenido el gusto de conocerle antes.

JUL. Gracias. El gusto es mío.

VAL. ¿De modo que usted es amigo del General?

JUL. Mucho, y he venido invitado para asistir con la familia á las maniobras de mañana en el Campamento.

VAL. Es verdad. Pues yo vengo á lo mismo. Y sin duda, por la falta de local, han dispuesto que pasemos la noche juntos.

JUL. Eso debe ser; pero...

VAL. Pues me alegro, porque así he tenido el gusto de tratarle antes de incorporarme al regimiento.

JUL. Sí... yo también me alegro.

VAL. Usted, por lo visto, está con permiso, porque el regimiento está en Alcalá.

JUL. Sí... con permiso.

VAL. Y, es natural; al ser amigo, conocerá usted mucho á la hija del General.

JUL. (Ya pareció aquello.) Sí, á Luisita, mucho.

VAL. He oído decir que es encantadora.

JUL. Sí; es preciosa.

VAL. ¿Y acaso usted?...

JUL. No; de ninguna manera. (¡Qué ocasión!) Si he de hablar á usted con franqueza (perdóname, Luisa), le diré que esa señorita, acaso efecto de su poca edad y de estar constantemente rodeada de adoradores, no reune, á mi juicio, las condiciones precisas para hacer feliz á un marido. (¡Pobrecilla; buena la he puesto!)

VAL. ¿De veras?

JUL. Perdone usted si he sido indiscreto. Y acaso usted...

VAL. También yo voy á ser franco con usted. Yo, con la disculpa de esta visita, he venido aquí á vistas.

JUL. ¿A vistas?

VAL. Sí, á conocer á esa señorita; á que ella me conozca, y á ver si se realiza un proyecto que acaricia mi padre.

JUL. ¡Ah, vamos! ¿Es cosa de su padre?

VAL. Nada más. Y qué, ¿Luisa es joven?

JUL. Diez y ocho años.

VAL. ¿Ve usted? Eso ya no me gusta.

JUL. Ni á mí.

VAL. Yo, á las niñas cándidas y llenas de ilusiones, prefiero las que han alcanzado el desarrollo intelectual y físico de la mujer.

JUL. Lo mismo que yo.

VAL. Chóquela usted. (Se dan la mano.) Tenemos el mismo gusto.
Y aquí, en confianza, ¿cómo le gustan á usted, rubias ó morenas, llenitas ó espirituales?

JUL. Yo, la verdad, no me fijo en el color ni en el volumen.

VAL. Lo mismo que yo. Chóquela usted. (Siempre que dice esta frase se dan la mano.) Buen cuerpo, buen palmito, y con un poco de gracia... y arreglado.

JUL. (¡Dios mío, qué punto! ¡Pobre Luisa!)

VAL. Eso sí, que cuando me enamoro soy terrible.

JUL. ¿Terrible?

VAL. Como una mujer me impresione de verdad, se acabó todo; no reflexiono, pierdo la chaveta y, vamos, que soy un hombre perdido. ¿No le pasa á usted lo mismo?

JUL. Lo mismo; pierdo la chaveta y...

VAL. Chóquela usted. ¡Ya verá usted cuando estemos en Madrid qué juergas corremos! Aún me acuerdo el último año un día de Carnaval... Le voy á contar á usted lo que hicimos unos compañeros y yo con unas modistillas en un baile de la Zarzuela.

JUL. (Este me va á contar alguna barbaridad.) Pero... ¿qué me va usted á contar á mí de los bailes de la Zarzuela?

VAL. Es verdad; pero le contaré á usted lo que hi-

cimos en Viena con unas cupletistas. ¡Verá usted cosa buena!...

JUL. (¡Dios mío, que me lo cuenta!)

VAL. Una noche...

JUL. Pero, ¿qué me va usted á contar á mí de Viena? ¿Y de noche?...

VAL. Pero, ¿ha estado usted?

JUL. No; pero me lo figuro todo.

VAL. Lo creo. Usted también... Chóquela usted. (Se dan la mano, y Valdés, con la que le queda libre, abraza á Julia.) Vamos á ser muy buenos compañeros.

JUL. (¡Ay, esto se pone muy malo! Y Anita no llega.)

VAL. ¿Quién me había de decir que nos íbamos á conocer aquí esta noche? ¡Lo que me alegro!

JUL. (El caso es que este Valdés es simpático.)

VAL. Y ahora, á pasar la noche de la mejor manera posible, que hay que madrugar. Aquí no hay más que una cama, y pequeña; será muy difícil acostarnos juntos.

JUL. (¡Y tan difícil!)

VAL. No cabemos los dos.

JUL. ¡Qué hemos de caber!

VAL. Pues como usted ha llegado antes, tiene derecho á ella. Acuéstese, y yo pasaré la noche en esta mecedora.

JUL. No. De ninguna manera. La mecedora es para mí.

VAL. No lo consiento. Usted á la cama.

JUL. (Se sienta en la silla.) He dicho que no.

VAL. Bueno. Entonces haremos otra cosa.

JUL. ¿Qué?

VAL. Nos acostaremos juntos.

JUL. ¿Cómo?

VAL. Usted á la cabecera y yo á los pies.

JUL. ¡De ninguna manera! Yo tengo muy mal dormir... Doy patadas...

VAL. Ea, no porfiemos más; quítese usted la guerrera.

JUL. ¡Imposible, señor Valdés! Yo no me quito nada. Repito, por última vez, que la mecedora es para mí... (Se sienta en la silla.)

VAL. ¿Decididamente?

JUL. Mi resolución es irrevocable... La cama para usted.

VAL. Bien... No se ponga usted serio; acepto agradecido. Pero antes de acostarme va usted á probar un ron especial, que hace dormir admirablemente.

JUL. (Otra vez ron... Pues á éste no conviene desairarle. Al contrario, que beba y se dormirá antes.)

VAL. ¿A usted le gustará?

JUL. Muchísimo.

VAL. Pues va usted á ver cosa buena. (Saca de un necesaire un frasquito cuyo tapón es una copita que la llena de licor, coge después el vaso que hay sobre la mesa de noche y escancia en él un poco de ron.)

ESCENA II

DICHOS y CURRO. Este en el jardín.

CURRO. (Por la derecha.) El oficial, por lo visto, ya ce ha acostao. ¿Qué hará Juan que no baja? En fin, esperemos al ceñorito Carlos en ezta mecedora y á ver si viene pronto que me estoy cayendo de zueño. (Bosteza.) ¡Aaah!... (Se sienta en la mecedora y se duerme.)

VAL. (Ofreciendo la copita de ron á Julia.) Brindemos por nuestras futuras conquistas. (Julia coge la copita y tira el licor disimuladamente sin ser vista de Valdés. Este bebe.) ¡Ejem! ¿Es fuerte, verdad?

JUL. Así, así.

VAL. ¡Buena garganta! ¿Siempre lo bebe usted como ahora?

JUL. Siempre.

VAL. ¿Y nunca le hará daño?

JUL. Jamás.

VAL. Entonces otra copita.

JUL. Venga.

VAL. Ahí va. (Escancia más ron en la copita de Julia

y ésta lo tira disimuladamente mientras Valdés escancia ron en su vaso. Valdés bebe.) Ea, y ahora á coger á Morpheo. (Se quita el sable.)

JUL. (En cuanto se duerma, salgo á buscar á Anita.) (Valdés empieza á quitarse la guerrera.) Pero, ¡cómo! ¿No se echa usted vestido?

VAL. De ninguna manera.

JUL. Pero para tan poco tiempo...

VAL. No pegaría los ojos.

JUL. (¡Ay! No... Hasta aquí llegué. Yo no puedo seguir fingiendo.) Señor Valdés, un momento, no acabe usted de desnudarse.

VAL. ¿Qué?

JUL. Voy a hacerle á usted una confesión. ¿Usted es un pundonoroso militar, un perfecto caballero, verdad?

VAL. Desde luego. ¿Por qué es la pregunta?

JUL. ¿Puedo confiar en su honor que me guardará un secreto que voy á confiarle?

VAL. Lo juro.

JUL. Pues bien, señor Valdés, yo no soy yo.

VAL. ¡Cómo, señor Manzano!

JUL. No soy Manzano... soy Manzana...

VAL. ¿Qué?...

JUL. Es decir, si soy Manzano.

VAL. (Rie.) ¡Ja, ja, ja¡ ¡Ah, vamos! El ron... (Indicando que se le ha subido á la cabeza.)

JUL. ¡No! No lo he probado... Decía que soy Manzano, sí, pero Manzano hembra.

VAL. (Rie.) Pero, ¿qué dice usted?

JUL. Digo, señor Valdés, que el teniente Manzano es hermano mio, que yo soy su hermana, y por lo tanto...

VAL. (Abrochándose precipitadamente la guerrera.) ¡Una mujer!

JUL. Sí, una mujer. Vea usted mi equipaje. (Enseñándole el interior de su maleta.)

VAL. Señorita...

JUL. No. Señora.

VAL. ¿Casada?

JUL. Viuda.

VAL. Pero, ¿ese disfraz?

JUL. ¡Por Dios! Evíteme que le dé explicaciones.
VAL. No las pido.
JUL. Gracias, señor Valdés. Ahora acabe usted de ayudarme acompañándome hasta aquella ventana, donde hay luz y están mis amigas. (Asomándose á la ventana y señalando hacia su derecha.)
VAL. Con mucho gusto.
JUL. Vamos.
VAL. Vamos.
JUL. ¡Ah! Mi maleta.
VAL. Permítame usted; yo la llevaré. (Coge la maleta de Julia, y luego abre la puerta del pabellón.
JUL. (Aludiendo al acto de abrir la puerta.) Cuidado.
VAL. (Cerrando la puerta.) ¿Qué?
JUL. Que en el jardín están el Arrojado y el Valiente, que son dos fieras.
VAL. ¿Y quiénes son esos? (Echando la mano al sable.)
JUL. Dos perros que guardan el hotel.
VAL. (Envainando el sable.) ¡Ah! Pues cuando yo he venido no estaban... Probaremos. (Abre la puerta con cautela, y silba. Curro ronca fuerte.)
JUL. (Empujando la puerta.) Ahí están. Gruñen.
VAL. Me ha parecido un ronquido. (Abre la puerta otra vez y se asoma al jardín con precaución.) Sí, es un criado que duerme. Mire usted.
JUL. (Asomándose.) ¡Ay, sí!
VAL. Podemos salir sin temor; confíe usted en mí.
JUL. Es usted un caballero y nunca olvidaré este favor. (Salen al jardín, ella primero, él después.)
VAL. (La verdad es que tiene una figura gallarda. ¡Qué delicia servir en ese cuerpo!) (Aludiendo á Julia. Vase tras ella por la izquierda. Curro ronca.)

ESCENA III

CURRO y luego VALDÉS

CURRO. (Soñando.) Cí, ceñó... El caballo está más gordo... Claro, la paja engorda... Ya ve ozté á

Juan... Monte ozté, ceñó. (Sale Valdés por la izquierda.)

VAL. ¡Qué mujer tan encantadora!

CURRO. (Soñando.) Buena pareja hacen la ceñorita y el ceñorito.

VAL. ¿Eh?

CURRO. Cómo trotan. (Ronca.)

VAL. (¡Ah, es que sueña!) (Entrase en el pabellón.) ¡Extraña aventura! Y lo que no adivino es el por qué de ese disfraz. De qué manera tan encantadora me pidió que no la descubriera hasta que mañana justificara su conducta ante mí y ante el general. Yo, es claro, se lo juré... ¡Ay!... En tanto amanece, en esta mecedora soñaré despierto con la bella disfrazada. (Se sienta y se mece.)

CURRO. (Que dormido va poco á poco escurriéndose de la mecedora hasta caerse de ella, despertándose asustado.) ¡Ay! Apuesto á que me había quedado dormido como un ceporro. Claro. ¡Si estoy rendido! Y ese Juan sin bajar. No; pues á mí no me da la lata. Yo zubo á buscarle para que él se quede esperando al ceñorito Carlos y yo pueda coger la cama, que buena falta me hace. ¡Ya lo creo! (Vase por la izquierda.

ESCENA IV

VALDÉS y ALFREDO

ALFR. (Por la derecha.) Los criados no están... ¿Se habrán acostado esos bárbaros? No importa. Luisa me ha dicho por la reja que cuando todos estuvieran en reposo viniera á sacar á Julia del pabellón y acompañarla á Madrid. (Se asoma por el ojo de la cerradura.) Sí, ahí está (Llama en la puerta con los nudillos)

VAL. ¡Quién llama! (¿Será ella?)

ALFR. (Bajo. Por el ojo de la cerradura.) ¡Julia!

VAL. (Abriendo la puerta.) ¿Qué?...

ALFR. (Sorprendido.) (¡Dios mío! ¡Un hombre!) (Medio mutis.)

VAL. ¡Caballero!

ALFR. (Volviendo.) Usted dispense. Creo que me he equivocado.

VAL. No; no se ha equivocado usted. Usted viene buscando á una mujer.

ALFR. Sí... efectivamente...

VAL. Una mujer vestida de militar. ¿No es cierto?

ALFR. Pero... ¡cómo! .. ¿Usted sabe?...

VAL. Casi todo. Hágame usted el obsequio de pasar, pues me interesa tanto ó más que á usted esta aventura...

ALFR Pero... caballero... (Pasa al pabellón y Valdés, después de pasar él también, cierra la puerta)

VAL. Usted no me conoce.

ALFR Sí, creo que sí. Usted es Valdés ..

VAL. (¡Demonio, aquí todo el mundo sabe quién soy y yo no conozco á nadie) ¿Usted sabe?...

ALFR. Todo. Pero, ¿y Julia?

VAL. ¿Se llama Julia?

ALFR. Sí, y es prima mía.

VAL. ¡Su primo! (Muy fino.) Siéntese usted. Tengo un verdadero placer en conocerle, señor...

ALF. Manzano... Alfredo Manzano.

VAL. ¿Manzano? (¿Este no resultará luego hembra?) Pues bien, señor Manzano, su prima, su encantadora prima, no corre ningún peligro; está con su amiga Anita, si no recuerdo mal.

ALFR. Sí, Anita. Pero, ¿usted sabe?

VAL. Ya le he dicho á usted que casi todo.

ALFR. ¿Y el General?

VAL. Ese no sabe nada Aún no le he visto.

ALFR. ¿Y Luisa?

VAL. Esa sabe menos. No la conozco todavía.

ALFR. Pero, ¿usted no venía... vamos... por ella?

VAL. Yo, precisamente, no; era un plan que tenía mi padre.

ALFR ¿Pero usted no tiene interés por Luisa?

VAL. Ninguno.

ALFR. (Dándole la mano.) Gracias, señor Valdés.

VAL. ¿Gracias? ¿Por qué?

ALFR. Porque yo amo á Luisa, Luisa me ama y usted era un obstáculo.

VAL. ¿Yo?

ALFR. Usted únicamente

VAL. Pues bien, señor Manzano, el obstáculo se ha convertido en auxiliar, un auxiliar resuelto, decidido, pero con una condición.

ALFR. La que usted quiera, señor Valdés.

VAL. Que hagamos un pacto, una alianza, y á cambio de mi protección usted me preste la suya incondicional cerca de su prima.

ALFR. Con mil amores, señor Valdés.

VAL. Venga esa mano, y convenido. (Se dan la mano.)

ALFR. Pues es preciso proceder en seguida. Julia estará impaciente; me espera para acompañarla á Madrid.

VAL. Eso; y yo me voy con ustedes.

ALFR. Y el General ¿qué va á decir, al encontrarse mañana que el oficial ha desaparecido?

VAL. No importa. Le escribiré una carta justificando mi marcha.

ALFR. ¡Magnífica idea!

VAL. Pero le advierto á usted que, si usted no me ayuda con verdadera eficacia, vuelvo aquí, me pongo de acuerdo con el General y me caso con Luisa, me guste ó no me guste.

ALFR. De ninguna manera. No tema usted. Yo convenceré á mi prima, cueste lo que cueste.

VAL. Es usted un hombre. Es usted un amigo. (Se abrazan).

ALFR. (Aludiendo á la mesa.) Aquí tiene usted papel y sobres.

VAL. Ahora verá usted. (Se sienta á la mesa y escribe. Alfredo se sienta en la cama.)

ESCENA V

DICHOS, JUAN y CURRO. Estos últimos en el jardín.

JUAN. (Por la izquierda, con Curro.) Sí, pues anda que yo no he trabajao.

CURRO. Pero no has corrío lo que yo. Estoy reven-

tao, así es que tú te quedas esperando al ceñorito Carlos, y yo me acuezto.

JUAN. Pero si es cuestión de media hora... Esta noche no he podido ir á hablar con la Colasa.

CURRO. Te digo que no. Tu novia no ce va á morir porque no vayas ezta noche, y yo eztoy reventao, ya te lo he dicho.

JUAN. Oye, y si yo te dijera un secreto que te podía valer cinco duros, ¿te espabilarías?

CURRO. Tenía que verlos.

JUAN. (Sacando el billete que le han dado, y mostrándolo.) Como éstos.

CURRO. (Tratando de coger el billete) Vengan.

JUAN. (Retirándo el billete.) No he dicho éstos, he dicho como éstos.

CURRO. Oye, ¿de dónde haz zacao ezo?

JUAN. Ese es el secreto. ¿Aceptas?

CURRO. Bueno.

JUAN. ¿Tú no sabes que ha venido á esta casa un señor tiniente de Caballería?

CURRO. ¿Que no lo cé? El que esperábamos. El que está en ese pabellón... Y ¿cómo lo zabes tú?

JUAN. Pues ahí verás.

CURRO. Y ¿ece ez el cecreto? Puez vaya un cecreto.

JUAN. No, hombre; lo que me ha valido los cinco duros, es averiguar que ese señorito tiniente de Caballeria, no es señorito, ni tiniente, ni de Caballeria. (Ríe.) ¡Ja, ja, ja!

CURRO. Oye, ¿es que te burlas?

JUAN. ¡Cá, hombre! Es ni más ni menos que una señorita disfrazá.

CURRO. ¿Cómo lo haz zabido?

JUAN. Por el señorito Alfredo, que es el que me ha dao los cinco chuchos.

CURRO. ¿De modo que el ceñorito Alfredo está en el ajo?

JUAN. ¡Claro!

CURRO Pero, oye, ¿y los cinco duros pa mí?

JUAN. Si eres listo te los dará el tiniente... ó la tinienta, que me los ha ofrecido á mí para que me calle. Ya sabes el secreto. ¿Acetas?

CURRO. Anda á ver á la Colasa.

JUAN. Pues hasta luego. (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

ALFREDO y Valdés, en el pabellón. Curro, en el jardín.

CURRO. ¡Anda, Dios! Pa que te fíes. (Aludiendo á Julia.) Parecía un gachó con toda la barba... Y ahora me parece á mí recordar que tenía las formas así algo pronunciás. (Se asoma por el ojo de la cerradura.) Digo, me parece que eran pronunciás (Cambia de posición.) Pero no voy á poder recordarlo por ninguna parte. (Vuelve á cambiar de posición como quien trata de ver mejor.)

VAL. ¡Ea! Ya está. (Aludiendo á la carta. Se levanta.)

ALFR. Veamos.

CURRO. (Habla con alguien. Luego no está zola... ¡Uyuyuy! Esto va á valer más de cinco duros.)

VAL. (Leyendo.) «Mi distinguido y querido general: Siento mucho no poder esperar'á mañana y acompañarle á las maniobras. Una mujer encantadora que he conocido esta noche en su casa, me ha enloquecido y me voy tras ella. Recuerde usted su juventud y estoy seguro que encontrará disculpable el arrebato de su afectísimo subordinado que estrecha su mano, Gabriel Valdés.» ¿Qué tal?

ALFR. Me parece bien.

VAL. ¿Y esta carta?...

ALFR. La dejaremos aquí, sobre la mesa. (Cogiendo la carta.)

VAL. No. Aguarde usted. (Abriendo la puerta.) Antes había aquí un criado que roncaba como un animal.

CURRO. (¡Qué zeñorita maz mal educá!)

VAL. Sí, mírelo usted.

ALFR. (Asomándose.) Es Curro. (Llamándole bajo.) ¡Curro, Curro!

CURRO. (Levantándose y fingiendo extrañeza.) ¿Quién llama?

ALFR. Es aquí.

CURRO. (El ceñorito Alfredo.) Allá voy. (Entra en el pabellón. Alfredo cierra la puerta.)

ALFR. Oye, Curro, ¿tú querrás ganarte una propina?

CURRO. (Ya pareció aquello.) Cí, ceñó.

ALFR. Bueno; toma un duro. (Se lo da.)

CURRO. ¿Nada más? (Cogiendo el duro.)

ALFR. Sí, y esta carta (Le da la carta que ha escrito Valdés), que en cuanto se levante el General se la das, diciéndole que te la ha entregado el teniente Valdés.

CURRO. (Sonriendo socarronamente.) Pero ezo no es verdá, ceñorito.

ALFR. ¿Cómo que no es verdad?

CURRO. Porque... me la ha entregao ozté.

ALFR. ¡Ah, vamos! El teniente Valdés es este señor.

CURRO. (Riéndose.) ¡Ja, ja, ja! (Mirando á Valdés.) (Pues no zon tan pronunciás.)

ALFR. ¿Qué dices?

CURRO. Mire ozté, ceñorito Alfredo, ¿ce pué hablar con franqueza?

ALFR. Sí, hombre, sí; pero de prisa

CURRO. Pues yo lo cé tóo.

VAL. ¿Todo?

CURRO. ¡Je, je! Sí. (A Gabriel.) Y lo de ozté también.

VAL. ¿Lo mio?

CURRO. Cí; ozté dizpence, pero Juan me ha explicao too el lío.

ALFR. ¿Cuál?

CURRO (A Alfredo.) Y ce que ozté le ha dao cinco duros pa que ce calle. (A Valdés.) Y que ozté le ha prometido otros cinco... por lo que ozté zabe. ¡Je, je!

VAL. ¿Yo?

CURRO. Y yo, la verdad, quiciera...

ALFR. ¡Ah, vamos! Tú quieres otros cinco duros abusando de la situación.

VAL. Tómalos. (Le da un billete de cinco duros.) Y haz bien el encargo.

CURRO. (Es generoza.) Descuide ozté, mi... tiniente. ¡Je, je!...

ALFR. Mira... Y además...

ESCENA VII

DICHOS y CARLOS

CAR. (Dentro. Fuerte.) ¡Juan, Curro!... ¿No hay nadie en esta casa?

CURRO. ¡Ui! ¡El ceñorito Carlos! Oztés dispencen, pero le estaba ezperando.

ALFR. Pues anda y no digas nada. (Sale Curro al jardín.)

CURRO. (Yendo hacia la derecha. Fuerte.) ¡Ceñorito Carlos, por aquí!

CAR. (Saliendo.) ¿Dónde estabas?

CURRO. Aquí... en la mecedora, un poco dormido. Ez tan tarde.

CAR. ¿Y el General?

CURRO. Acostao.

CAR. ¿Y los demás?

CURRO. Cada uno en zu cuarto.

CAR. Pues bien; es preciso que ahora mismo subas al cuarto del General, le digas que he llegado y que necesito verle inmediatamente.

CURRO. Pero, ceñorito, el General eztará durmiendo y ci le despierto...

CAR. (Dándole una moneda.) Toma.

CURRO. (¡Gachó! Eztá la noche de agua.)

CAR. Es urgente que yo lo vea, que yo le hable para marcharme inmediatamente.

CURRO. Puez si no hay otro remedio, allá voy. (Y de camino le daré la carta del tiniente.)

CAR. Yo aquí le espero. (Vase Curro por la izquierda y vuelve cuando se indica.)

ALFR. (Mirando por el ojo de la cerradura y aludiendo á Carlos.) Se queda ahí (A Valdés, bajo.) Es preciso aguardar.

CAR. (Paseando preocupado.) Sí, que su mismo tio afee su conducta y esta misma noche vuelva á su casa, de la que no debió salir sin mi permiso. Lo que siento es no haber podido resistir la tentación de venir á buscarla.

Cuando leí su carta, ese fué mi propósito; pero no he podido olvidar un momento su recuerdo, y á pesar mío aquí estoy á recogerla, que es lo que ella pretendía. Y me he convencido; mi cariño por ella es más grande que todos mis propósitos de energía.

CURRO. (Por la izquierda.) El ceñó General, después de enfadarse, ha dicho que le acompañe á ozté inmediatamente á zu cuarto.

CAR. Vamos allá. (Vanse los dos por la izquierda.)

ESCENA VIII

ALFREDO y VALDÉS en el pabellón; luego JULIA y ANITA. JULIA con sus ropas.

ALFR. (Que en el momento de hacer mutis Carlos y Curro se asoma por el ojo de la cerradura.) Ya se han ido; ahora con precaución, á llamar á Julia. (Salen al jardín Alfredo y Valdés.)

VAL. Sí, ya me impacienta tanta tardanza. Es allí, aquella ventana de la luz. (Señalando hacia su derecha.)

ALFR. (Deteniéndose y deteniendo á Valdés.) ¡Chist! Alguien viene.

VAL. Sí, esperemos á ver. (Entran en el pabellón y escuchan con la puerta entreabierta Salen Julia y Anita por la izquierda. Julia trae su maleta.)

ANI. ¿Lo ves, Julia, lo ves cómo no ha venido Carlos?

JUL. Sí, y me extraña muchísimo.

ANI. Ya te lo decía yo que aquí no pasa lo mismo que en París.

ALFR. (A Valdés, bajo.) Es mi prima con su amiga. (Salen al jardín.) ¡Julia!

JUL. (Volviéndose.) ¡Alfredo!... ¡El señor Valdés!...

ALFR. Sí, el señor Valdés, mi amigo y protector.

JUL. ¿Cómo?

ALFR. Sí, Julia, el amigo Valdés, secundando tu idea, es mi aliado y me brinda su protección á cambio de la mía.

JUL. ¿De la tuya?

ALFR. Sí, Julia.

VAL. De la suya con respecto á usted, para que intervenga por mi y me ayude á convencer á usted de que ha sido tan honda la impresión que en mí han causado su gracia y su belleza, que desde hoy me será imposible vivir sin usted, no pensar en otra cosa que en alcanzar su cariño.

JUL. Despacio, amigo mío, despacio; usted, sin duda, al conocerme disfrazada y en estas circunstancias ha pensado: Esta viudita es alegre, de cabeza algo ligera y...

VAL. Nada de eso, no. Perdóneme usted... Confieso que soy impresionable; pero es mi temperamento. Yo admiro, amo y aborrezco así, de pronto, pero para toda la vida. Por eso quiero decir á usted que la adoro, que mañana parto para Córdoba y que esta misma noche necesito saber si á mi regreso querrá usted ser mi esposa.

JUL. ¡Pero Señor Valdés!...

VAL. Yo la juro que seremos dichosos.

ALFR. Sí, Julia.

GEN. (Dentro y fuerte.) ¡Imposible!

ANI. ¡El General! ¿Qué hacemos?

JUL. Entrar en el pabellón.

ALFR. Pronto, que llega.

ANI. Vamos. (Entran los cuatro en el pabellón.)

ESCENA IX

DICHOS; el GENERAL con una carta en la mano, en bata y zapatillas, y CARLOS.

CAR. (Por la izquierda con el General.) Le digo á usted que así ha sucedido.

GEN. Pero, ¿es posible?... ¿Anita?...

CAR. Sí, Anita sublevada, que oponiéndose á mi voluntad ha venido aquí sin mi permiso, y es preciso que usted como tío la riña por su

conducta y la recuerde el respeto y la sumisión que se debe á un marido.

GEN. Veremos lo que ella dice. Ya he mandado á Curro para que Salomé la despierte y la anuncie nuestra visita. Ahora, con tu permiso, voy á leer esta carta que no me explico. (Mira la firma.) (Si, es de Valdés.) (Lee para sí la carta. Pausa y mira á Carlos.) (¡Que se va tras una mujer encantadora que ha conocido en mi casa!) Oye, Carlos, ¿es la primera vez que Anita te da una prueba... vamos... así... de desobediencia?

CAR. La primera, ¿por qué?

GEN. Por nada. No, no puede ser. (Guarda la carta en un bolsillo de la bata.)

CAR. ¿Qué dice usted?

GEN. Nada... Que no puede ser.

ESCENA X

DICHOS y DOÑA SALOME, con los pantalones que se ha quitado Julia arrebujados debajo del brazo izquierdo.

SAL. (Por la izquierda muy apurada.) ¡Señor!

GEN. ¿Qué hay?

SAL. La señorita Anita no está en su cuarto.

CAR. ¿Qué dices?

GEN. (Sacando la carta que se guardó y volviéndola á guardar en el otro bolsillo de la bata.) (¡Pues sí puede ser!) ¿Has mirado bien en su cuarto?

SAL. Sí, señor.

GEN. ¿No había nadie?

SAL. Nadie. Sólo he encontrado esto sobre una silla. (Desplegando los pantalones.)

CAR. (Dando un salto para atrás.) ¿Qué es eso?

GEN. Nada, hombre, nada.

CAR. ¿Cómo que nada? ¿Le parece á usted poco?

SAL. Y esta carta que estaba sobre la mesa. (Va á cogerla Carlos y el General trata de impedírselo.)

CAR. Tengo más derecho. (Se la arrebata á doña Salomé y lee.) «Tío»...

GEN. Es para mí. El tío soy yo.
CAR. Déjeme usted.
ANI. (Escucha abriendo un poco la puerta.) (Riñen.)
CAR. «Tío»... (Sopla y se limpia el sudor.)
ANI. (A los del pabellón, bajo.) Es mi marido... ¡Al fin!...
JUL. ¿Lo ves? (Anita sigue escuchando con la puerta entreabierta.)
GEN. Sigue, hombre.
CAR. (Lee.) «He cometido una falta.»
GEN. ¿Cómo?
CAR. (Deja caer los brazos.) ¡Dios mío!
ANI. (Leen mi carta; mejor.)
CAR. Valor... (Muy alegre.) He leído mal. (Lee.) «¡Sí, he cometido una falta, amo á mi marido, y es la primera vez que le desobedezco He venido sin su permiso creyendo que acudiría á buscarme. No puedo esperar más y vuelvo á su lado. No tema usted por mi; voy bien acompañada.»
GEN. (Lo creo...)
CAR. (Lee.) «Dispénseme usted, tío; pero le amo tanto, que corro á que me perdone. Ana.» (Suspirando.) ¡Ay! Si, me ama; pero yo la amo más. Por eso venía á buscarla. Pero ¿dónde está, dónde, dónde?
ANI. (Saliendo al jardín.) Aquí.
CAR. ¡Anita!
GEN. ¿Tú ahí?
ANI. (A Carlos.) ¿Me perdonas?
CAR. Antes es preciso que me digas por qué Salomé ha encontrado en tu cuarto esta prenda de uniforme.
ANI. (Ríe.) ¡Ja, ja, ja! Es verdad; un olvido de Julia. Pues este pantalón de militar...
CAR. (Indignado.) Luego, ¿aquí había un militar? (Dirigiéndose al General.)
ANI. Sí... es decir... no.
GEN. Sí, señor; había un teniente de Caballería, el señor Valdés.
ANI. ¡No!
GEN. ¡Sí!

CAR. Y ¿dónde está? ¿Por qué se oculta ese cobarde?

VAL. (Que ha estado escuchando, con la puerta entreabierta, y sale indignado al jardín.) Señor mío, no hay ningún militar cobarde. (Julia escucha con la puerta entreabierta.)

GEN. ¿Otro?

VAL. No, mi General; uno nada más.

GEN. ¿Quién es usted?

VAL. Gabriel Valdés.

GEN. ¡Mentira!

VAL. Mi General, un militar no miente.

GEN. (Sacando la carta que se guardó en el bolsillo.) Pero, ¿y esta carta?

VAL. Es mía.

GEN. ¿Y la mujer, tras la que usted decía marcharse?

VAL. Esta aquí todavía.

GEN. Luego es...

VAL. Es Julia Manzano.

GEN. ¿Julia Manzano?

ANI. Sí, amiga mía de colegio. (A Carlos.) La que me acompañó aquí desde casa.

CAR. ¿Dónde está?

ANI. Aquí. (Dirigiéndose al pabellón.) Estaba en el pabellón conmigo. (Llamando.) ¡Julia!

JUL. (Saliendo al jardín.) Perdón, señores. Perdón, General.

GEN. ¿Cómo? ¡Usted aquí? ¿Cuándo ha venido usted?

JUL. Pues he venido esta noche con Anita y con mi primo Alfredo.

GEN. ¿Su primo? No le conozco.

JUL. Un buen muchacho, General, á quien voy á presentar á usted. (Llamando.) ¡Alfredo!

ALFR. (Saliendo con la maleta de Julia.) Mi General.

GEN. ¿Otro? ¡Esto no se acaba nunca! ¿Cuántos quedan en el pabellón?

ALFR. Nadie más, mi General.

GEN. Pues á mí me falta uno. ¿Dónde está el otro teniente, el que ha hablado antes conmigo?

JUL. ¡A la orden, mi General!
GEN. ¿Usted?
JUL. Sí, al que le gustaba bailar, que bebía naranjada y jugaba á las damas.
GEN. ¿Pero... usted?
JUL. Sí. Aquí está la prueba. Vea usted el uniforme. (Mostrando el interior de la maleta.)
CAR. Menos los pantalones.
JUL. Es verdad.
GEN. Y ¿por qué esta farsa? ¿por qué venir esta noche á mi casa, (A Valdés) y usted que se oculta, (A Julia) y usted que se disfraza?

ESCENA XXIV

DICHOS y LUISA.

LUI. (Por la izquierda.) Por mí, sólo por mí, querido papá.
CAR. ¡Luisa!
GEN. ¿Por ti?
JUL. Sí, General. Yo desde París estaba en correspondencia con Luisa, sabía que ella y mi primo se amaban, que usted deseaba casarla con el señor Valdés y vine á impedir esa boda y, á ser posible, á solicitar la mano de Luisa para mi primo Alfredo, ingeniero de montes,
GEN. Pero, ¿es posible?
LUI. Sí, papá, te lo había ocultado; pero Alfredo me ama y...
VAL. Mi general, me consta que su consentimiento les hará completamente felices.
GEN. Pero, ¿usted?... Me van á volver loco.
VAL. Sí, yo, que como le decía en mi carta, también estoy enamorado, y si usted lo permite, pediré á su futuro hijo don Alfredo Manzano la mano de su encantadora prima Julia.
ALFR. (A Julia.) ¿Tú qué dices?

JUL. (Después de vacilar.) Que el General decida.

ANI. Acceda usted, tío.

ALFR. Usted me dirá qué contesto al señor Valdés.

GEN. Pero, señores, decidir así, de repente, una boda... otra boda. Esto no es la Vicaría. Es preciso reflexionar antes, tomarse un poco de tiempo para pensarlo...

VAL. Mi general, en el amor y en la guerra las inspiraciones de un momento suelen ser las más felices.

ANI. (Suplicante.) Tío...

LUI. (Idem.) Papá...

GEN. Pues, bien; tienen ustedes razón. Quedan ustedes invitados todos á las maniobras de mañana, y después, durante el almuerzo, sabrán ustedes mi decisión... que será favorable.

VAL. Gracias, mi General.

LUI. Gracias, papá.

ALFR. Debo á usted el ser completamente dichoso.

CAR. (A Julia.) ¿Luego usted fué la que animó á Anita á declararse rebelde?

JUL. Sí, con la idea de evitar que almuerce usted con sus amigas.

CAR. No volverá á ocurrir. (Abraza á Anita y luego estrecha la mano de Julia.)

ANI. ¡Ay! ¡Ya estoy satisfecha!

JUL. (A Anita) Luego dirás que no vale de nada el haber estado en París.

ANI. No, Julia; estoy convencida de que para hacer lo que tú has hecho, no basta haber estado en París; es preciso tener además imaginación, valor, audacia y un corazón tan grande como el tuyo. (Se estrechan efusivamente las manos y se besan)

GEN. Y ahora (A Julia) usted pasará la noche en el cuarto de Luisa. Salomé, tú, arreglarás lo que sea preciso. (A Anita.) Tú y Carlos á vuestro cuarto; es decir, al que os hemos preparado. (A Valdés y Alfredo.) Ustedes... (Llamando.) ¡Curro!

CURRO. (Por la izquierda.) Ceñó...

GEN. El señor teniente Valdés y el señorito Alfredo pasarán la noche en el pabellón.

CURRO. (Con extrañeza.) ¿Ceñó, juntos?

GEN. Naturalmente.

CURRO. (Ríe maliciosamente.) ¡Atiza!)

GEN. Estate al cuidado por si necesitan algo.

CURRO. (Esto me vale otros cinco duros.)

GEN. Y ahora todos á dormir
sin sustos y sin zozobras,
pues mañana hay que asistir
temprano á las maniobras.
(Al público.) ¿Quieren ustedes venir?

TELÓN

Precio: 1,50 ptas.